

ACTO DE INVESTIDURA
DOCTOR HONORIS CAUSA

LAVDATIO
LUÍS GÓMEZ CANSECO

CONTESTACIÓN
VÍCTOR MÁRQUEZ REVIRIEGO



Universidad
de Huelva

©

UNIVERSIDAD DE HUELVA

©

LUÍS GÓMEZ CANSECO
VÍCTOR MÁRQUEZ REVIRIEGO

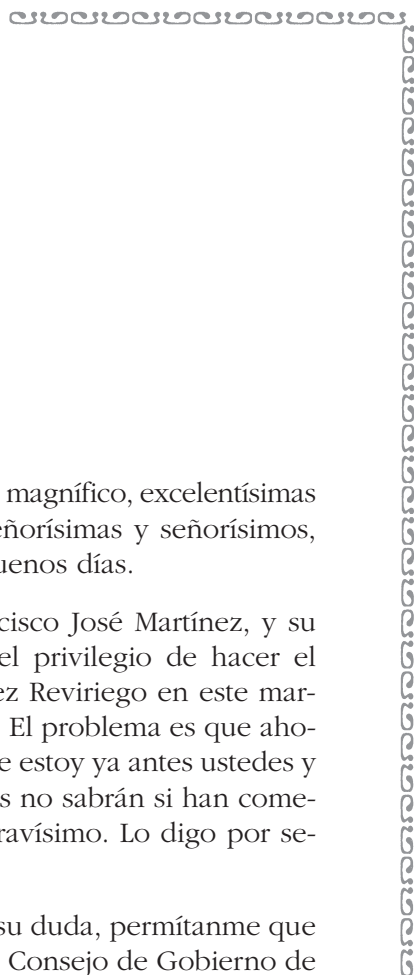
DEP. LEGAL
H-163-2008

IMPRESIÓN
Papel verjurado de 100 gr.

CUBIERTA
Cartulina Classic Felt de 270 gr.

IMPRIME
IMPRESA BELTRÁN

LAVDATIO
LUÍS GÓMEZ CANSECO



Excelentísimo señor Rector magnífico, excelentísimas e ilustrísimas autoridades, señorísimas y señorísimos, señoras y señores a secas, buenos días.

Nuestro Rector, don Francisco José Martínez, y su equipo me han concedido el privilegio de hacer el elogio de don Víctor Márquez Reviriego en este martes, primero de julio de 2008. El problema es que ahora es demasiado tarde, porque estoy ya antes ustedes y hasta dentro de unos minutos no sabrán si han cometido un error irreparable y gravísimo. Lo digo por seguir con los superlativos.

Pero antes de sacarles de su duda, permítanme que les dé las gracias al Rector, al Consejo de Gobierno de la Universidad de Huelva y a mis dos señores decanos de la Facultad de Humanidades, don Fernando Navarro Antolín y don Zenón Luis Martínez, porque entre todos ellos acogieron la propuesta, la defendieron y, finalmente, han hecho posible que don Víctor entre a formar parte de nuestro claustro. Así que gracias y, más que gracias, enhorabuena, porque no es hoy don Víctor Márquez Reviriego quien recibe un reconocimiento por parte de la Universidad, sino que es la misma Universidad de Huelva la que recibe el premio de

don Víctor. Es él quien viene a doctorarnos con su sabiduría y su persona. Y para poner en pie el porqué, comenzaremos por la parte más fría, la de los datos.

Saben de sobra que nuestro inminente doctor es fruto de la tierra. Y no sólo porque nació en Villanueva de los Castillejos –nada menos que en 1936–, sino porque ha llevado a gala siempre eso tan extraño de ser de Huelva, donde a veces parece que sólo hay gambas, industrias químicas y guarros de cuatro patas, que gestionan sus existencias por sí mismos, sin que persona viva acuda a sus cuidados.

Más tarde se licenció en Ciencias Políticas por la entonces Universidad Central de Madrid, para luego graduarse como periodista también en Madrid, que era entonces centro del mundo conocido. A partir de ahí comienza su otra vida, la de periodista acto y no en potencia, primero aquí, en Huelva, desde las páginas del diario *Odiel* y, al poco, de nuevo en Madrid, entre *Arriba* e *Informaciones*. En 1965 pasó a *Triunfo*, un semanario indispensable para entender la Transición española, del que fue director desde 1970. Fundó luego el también semanario *Tiempo*, fue subdirector de *Cambio16* y es ahora, desde hace unos años, jefe de prensa del Defensor del Pueblo Español.

Por escribir y por hablar, les aseguro que no ha quedado, porque lo ha hecho allí donde hubiera un micrófono o donde se dispusiera de papel y tinta. Ha colaborado en la televisión y la radio nacional, en las dos Antenas 3, en Radio-80 y hasta en la COPE y en la Ser. Sus artículos diarios han enriquecido a periódicos como *El País*, *La Vanguardia*, *Diario-16*, *El Faro de Vigo*, *El Norte de Castilla*, el *ABC* de Madrid –con su famosa columna de «El burladero», que reunió luego



por la editorial Alsa en 1997— o, más recientemente, *El Mundo*. Hay que añadir a ello sus contribuciones a revistas de toda índole y calaña, como *Tribuna*, *El Socialista*, *Tiempo de Historia*, *Cauce*, *Cuenta y razón del pensamiento actual*, *Cuadernos del Norte*, *Época*, *La Clave*, *El Virus Mutante*, la maravillosa *Hermano Lobo* y hasta *Trofeo*, revista dedicada nada menos que a la caza, a pesar de que don Víctor confiesa no haber cazado ni siquiera demasiadas moscas.

Pero no se quedó ahí, quiero decir entre periódicos, revistas y hemerotecas, sino que quiso dar un salto, a mi juicio, decisivo en su vida profesional e intelectual: el paso al libro, como símbolo de una voluntad de permanencia literaria. Aunque sea de manera arbitraria, yo dividiría esa obra encuadrada en tres bloques y cuarto. El primero es el de las crónicas políticas desde dentro, en este caso desde dentro del Parlamento. A ese espacio pertenecen sus diversos apuntes parlamentarios, que van desde *La tentación canovista* (1978) a *El pecado consensual* (1979) o los *Escaños de penitencia* (1981). Parece que para don Víctor eso de la política tiene mucho que ver con el desliz moral, de ahí tanta «tentación», «pecado» y «penitencia», en teológica progresión desde la llamada de Satanás hasta el castigo de Dios. Esos artículos luego los recogió el Congreso de los Diputados en un volumen titulado de modo natural *Apuntes parlamentarios* y que no sólo es un testimonio obligatorio para quien quiera entender los entresijos de aquellos años, sino una lectura lúcida, fina e inteligente.

En el segundo de los ámbitos se atiende a una constante en el pensamiento del autor: Andalucía como historia y cultura. De ahí nacieron libros como *Donde*

acaba Andalucía (1978) o *El desembarco andaluz* (1990), que obtuvo el premio Espejo de España en 1990. Pero no piensen que este tomo último trata tan sólo de una circunstancia histórica. En absoluto, hay detrás toda una profunda reflexión sobre Andalucía y sobre su encaje en la historia de España. A esa misma voluntad responden las «Presencias andaluzas», que ahora publica *El Mundo* cada sábado para consuelo y satisfacción de los lectores que buscan algo de brillo en la prosa gris y anodina que ahora domina en buena medida los tabloides. Para orgullo y elogio de nuestra institución, he de decirles que don Víctor ha tenido a bien publicar con la Universidad de Huelva algunas de esas «Presencias» en un recentísimo volumen de obligada y entretenidísima lectura.

La penúltima partida no atiende tanto al tema, como a la forma, pues se trata de coloquios en los que se actualiza un género esencial en la cultura renacentista, el del diálogo que indaga en la verdad: ahí están, para renovar aquella tradición, sus *Diálogos españoles* de 1982, sus conversaciones con Felipe González bajo el denominador común de *Un estilo ético*, los *Cien españoles y la OTAN* de 1985, o las meras *Conversaciones*, que publicó en 1994 la Diputación de Huelva. Hay algo en estos diálogos modernos que va más allá de la entrevista y que inauguró en el periodismo español otro modo más rico no sólo de acercarse al personaje, sino de transcribir y hasta reescribir la charla misma y su impresión en el interlocutor. Aunque estas conversaciones llegaron sino a su cénit, sí a una espléndida pirueta con un género nacido del caletre de don Víctor. Me refiero a sus maravillosas «auténticas entrevistas falsas», de la revista *Leer*; por las que pasaron su palmito ilustres difuntos como don Julio Verne, don Ra-



món Menéndez Pidal, don Pío Baroja, don Juan Ramón Jiménez o el mismísimo don Miguel de Cervantes Saavedra en persona, aunque impostada.

En el último cuarto entra un solo, extraño y delicioso libro, titulado *Un mundo que se va* (1994) y que nadie debería dejar de leer. Entre el campo y la ciudad, entre anécdotas y recuerdos, su autor mira hacia atrás para ahondar en sus raíces y recorrer el camino, ya casi desdibujado, que va desde la naturaleza a la civilización. Quiero creer que en ese libro hay mucho del apego a la tierra que ha caracterizado el quehacer y la existencia de don Víctor. Hay en él un sosiego, un afecto al paisaje y una voluntad de mantener la conciencia del origen, que, a mi entender, nacen de un modo de ser ya casi desaparecido: el ser de pueblo, dicho sea en el mejor de los sentidos y cuando ya nadie quiere ser de pueblo, y si no directamente nacido en Manhattan, al menos en Nueva York.

Aunque la causa y el fruto de todo este trabajo haya sido el don mismo Víctor Márquez a lo largo de su existencia terrena, ha habido otras gentes atentas y sabias que supieron reconocer su inteligencia y su galanura verbal con premios y galardones de toda índole. Imagino que los tendrá en su casa, en una suerte de sala de trofeos, donde adentrarse de vez en cuando, para ver, entre otros muchos, el Premio Nacional de Periodismo (1983), la Medalla de Andalucía (1990), que reconocía su importantísimo papel a la hora de «potenciar nuestra tierra en el concierto de los demás pueblos de España y Europa», el Premio de Periodismo «Continente» (1996), el Premio «César González Ruano» (1996) o la Medalla de la Ciudad de Huelva (2003).

He de decirles que estoy convencido de que no fue casualidad, sino acierto intencionado de sus progenitores, eso de que don Víctor viniera al mundo en 1936, cuando arrancaba nuestra guerra civil. Tuvieron que hacerlo a posta, para obligar así a su hijo a que hiciera del periodismo político su vida y se convirtiese en un periodista indispensable para la historia de la España más reciente. Y no por lo abundoso de sus escritos, sino por lo otro, quiero decir, por la honda conciencia de que el periodismo es algo más que el trasladar una noticia del protagonista al usuario.

El periodista –y perdonen que me vaya dos segundos por las ramas– no es aquel al que le dan un título y le ponen una alcachofa en la mano o un ordenador frente a los morros, como tampoco lo es el filólogo, el químico o el ingeniero. La historia empieza luego, con el trabajo. Es entonces cuando se forma el verdadero profesional, en este caso, el plumilla de raza, el que no es tan sólo un acarreador de informaciones, bien o mal intencionadas.

Don Víctor ha hecho del periodismo algo más que una profesión, tanto en lo literario como en lo moral. En eso ha seguido la senda marcada por los mayores: gente como Mariano José de Larra, Clarín, Azorín, Pío Baroja, Ortega, Mariano de Cavia, Julio Camba, Wenceslao Fernández Flórez, César González Ruano o Francisco Ayala. Algunos de ellos hicieron de la escritura diaria un arte y otros la convirtieron en una visión del mundo. Don Víctor ha sabido conjugar ambas cosas. Es, precisamente, el periodismo el que le ha llevado a ser un escritor de una pieza, con una prosa muy suya, fina, seguida, irónica, rica en giros y en pausas. Y, al mismo tiempo, es ese estilo que hace al hombre –



según la máxima de Georges-Louis Leclerc, conde que fue de Buffon— el que ha hecho de su periodismo un lujo, hasta sacarlo de la urgencia del día a día y trasladarlo a una lectura pausada y alejada del presente.

A ello se añade, en su caso, la honradez como guía y una definida conciencia moral de la vida política, que lo convirtió en referente periodístico de la Transición. Don Víctor Márquez Reviriego ha sido el más brillante de nuestros cronistas parlamentarios en la democracia, pero, sobre todo, un firme y agradable islote de sensatez, de equilibrio, de raciocinio y de sosiego, en medio de la tempestad política e informativa. A más de su condición de hombre de bien, estoy convencido de que, detrás de todo ello, se esconde algo tan complicado como es la búsqueda de la verdad, no sólo la de una verdad circunstancial, sino de la verdad más honda: esa que lleva a los seres humanos a querer ser ellos mismos, a no ceder arbitrariamente a la fácil inercia de disolverse en los otros y, sin embargo, a buscar el bien para sus semejantes.

No quisiera terminar mi intervención sin avisar a don Víctor de las amenazas que desde hoy le vienen a acechar. Entra ahora en un territorio tan espléndido como peligroso, éste de los doctores que no curan y en el que los que dicen ser Hermanas de la Caridad pueden convertirse en tigres de Bengala por un quítame allá ese crédito. Es cierto que esto de laborear en los pasillos universitarios es un privilegio humano e intelectual casi incomparable, pero los riesgos que conlleva el ejercicio no se limitan a tener que ponerse de vez en cuando este horroroso birrete con sus flecos todos. No, señor. Lo peor está en el propio gremio. Tan es así, que cuentan que Dios Padre todopoderoso

creó en el principio al hombre por un lado y, por otro, al profesor universitario. Uno se ganaba el pan con el sudor de su frente; al otro le pagaban por estudiar y por subirse a una tarima de vez en cuando. Viendo el malvado Satán un resquicio en la justicia divina, se acercó a Yavheh y le hizo ver las injustificadas desigualdades con que vivían ambas criaturas. En su infinita sabiduría y para igualar la cosa, Dios se limitó a crear a un tercer ser vivo: el desde entonces indispensable «estimado colega», que dio de sí lo bastante como para amargar la vida paradisíaca de las Universidades.

De esos «estimados colegas» habían de ser los protagonistas de una historia, que, aunque seguro que ya conocen, nos retrata admirablemente como institución y como gremio. Resulta que don Francisco Sánchez de la Brozas, catedrático que era de griego en la Universidad de Salamanca, inició una de sus clases asegurando que Aristóteles no tenía ni la más remota idea de retórica. Sabido esto por algunos bienintencionados compañeros, fueron al despacho del que, a su vez, era catedrático de Teología Escolástica, el padre Mancio de Corpus Christi, que, escandalizado del aserto, se atuvo a su condición de silogista para asegurar que aquello era «herejía, porque sancto Tomás está fundado en Aristóteles y nuestra fee en sancto Tomás; luego reprobar a Aristóteles es dezir mal de nuestra fee». No contentos con ello, los tales estudiosos, preocupados –por supuesto– por el conocimiento de la verdad, volvieron al Brocense para comunicarle la condena. Y el de las Brozas, que era de natural bronco, no pudo sino rugir que «No pudiera dezir eso sino un fraile dominico modorro, y añadir más: eso tengo por herejía. Y si a mí me prueban que mi fee está fundada en sancto Tomás, yo cagaré en ella y buscaré otra». Y de ahí a la cárcel de la Inquisición, que era donde querían verlo.



Gracias a Dios, hoy día no existe el Santo Oficio, que lo abolió don Francisco Martínez de la Rosa en 1834, cuando era regente doña María Cristina, aquella que quería gobernar y le seguían, le seguían la corriente. Sirva la historia tan sólo de chanza y caricatura, porque —en lo que sé— es éste un lugar donde mucha, muchísima gente trabaja con sacrificio, integridad y alegría, haciendo viva aquella estupenda sentencia que dejó escrita Paracelso allá por los albores del siglo XVI: «El esfuerzo por alcanzar la sabiduría es el segundo paraíso en la tierra».

Desde hoy, el ejemplo y la compañía de don Víctor Márquez Reviriego nos ayudarán buscar con más ahínco ese paraíso en el estudio y la enseñanza. Y es que, como antes les decía, don Víctor ha sido y es un maestro en la palabra y en la vida; y ha ejercido su magisterio como periodista y como hombre con maneras suaves y educadas, pero con una generosidad extrema, con un elevadísimo concepto de la dignidad humana, con un hondo sentido de la justicia y la moral política y, sin embargo, con un finísimo sentido del humor, que le ha servido de instrumento para fomentar el respeto y el diálogo entre los que pensaban o sentían de modo diverso. En pocas personas como en él coinciden tan plenamente la sensatez, la inteligencia y el buen ánimo que nos guió como pueblo y como país hacia la democracia y las libertades políticas.

15

Así pues, considerados y expuestos todos estos hechos, dignísimas autoridades y claustrales, solicito con toda consideración y encarecidamente ruego que se otorgue y confiera al Sr. D. Víctor Márquez Reviriego, el grado de Doctor *Honoris Causa* y la entrada en el claustro de doctores de la Universidad de Huelva.

Muchas gracias.

CONTESTACIÓN
VÍCTOR MÁRQUEZ REVIRIEGO



Excelentísimo Sr. Rector Magnífico,
Autoridades, Doctores y amigos todos:

Dicen que los que no son oradores de oficio – y casi siempre de beneficio- suelen empezar sus discursos de dos formas.

Unos, comienzan diciendo *“Bueno”*...

Otros comienzan diciendo *“Pues”*...

Bueno, pues yo debo y quiero empezar diciendo *“Gracias”*.

Es lo obligado, y justo, en casos como éste de ahora. Porque no todos los días lo doctoran a uno.

Así pues gracias, muchas gracias, muchísimas gracias, a la Universidad de Huelva por este honor que hoy graciosamente me otorgan.

Y tan graciosamente. Puesto que a cambio de ello solamente puedo ofrecer mi gratitud. Que es, ya lo he dicho y ahora lo repito, muchísima...

Y, ni siquiera, puedo continuar con eso que se dice siempre: lo del “honor inmerecido”. Para añadir, lue-

go, que ese honor corresponde a la Institución, Empresa, Organismo, Ente o Lo Qué Sea, que uno representa... Y que, por eso, a esa Institución, Empresa, Organismo, Ente o Lo Qué Sea, traslada uno el homenaje...

Porque yo no represento a ninguna Institución, Empresa, Organismo, Ente o Lo Qué Sea, pues siempre me ha tocado en la vida caminar en solitario... Sin apoyos institucionales, empresariales, orgánicos... (quiero decir: sin haber sido nunca intelectual orgánico de nada y no haber podido nunca, por eso mismo, disfrutar de las sinecuras habituales en esos casos)... Lo que si he tenido - y, por fortuna, sigo teniendo- son familia y amigos, que nunca me han faltado. Y eso vale más que todo. Y es buena suerte que a todos le deseo.

Gracias, otra vez, a este claustro que me recibe como a uno más de su doctoral familia, y a los que desde ahora espero contar como feliz parte de mi grupo de amigos.

* * *

Ésta es la tercera vez que me toca hablar en la Universidad de Huelva. La primera fue por invitación de José Romero para dar la lección inaugural del curso 2000/ 2001 del Aula de Mayores, en La Merced. Luego, llamado hace dos primaveras por Luis Gómez Canseco, en el antiguo cuartel del Carmen para una conferencia sobre el insulto parlamentario.

Y aquí me paro a considerar que el primero de los lugares (La Merced), estuvo ligado a la Iglesia, y el segundo, el cuartel del Carmen, venía del Ejército... con lo cual tenemos que estos antiguos ámbitos, el eclesiástico y el militar, pasaron aquí, en Huelva, a ser universitarios.



O sea:

Lo eclesiástico se hizo secular.

Lo militar, se hizo civil.

No es mal paso, no, éste de haber ido del dogma y del mando al libre examen. Que no cosa distinta ha de ser la Universidad, fiel al viejo lema horaciano de la Ilustración:

Sapere aude!

¡Atrévete a saber!

Tampoco si lo miramos desde otro punto de vista:
Desde lo que antes se llamaban “poderes fácticos”.
Que eran tres: la Iglesia, el Ejército y la Banca.

Ya tenemos aquí a dos -Iglesia y Ejército- subsumidos. Sólo queda esperar que el tercero que falta -el del dinero- llegue cada vez más con ayudas, colaboraciones y patrocinios, porque nunca es demasiado el dinero para la educación, sino al contrario. Y menos en un sitio como éste, en una Universidad tan joven y que, a pesar de esa juventud, ya es - según leí en unas declaraciones del rector Francisco José Martínez López- “la mayor empresa de Huelva”, con “más de 1500 empleos directos”... Hablaba entonces nuestro rector, entre otras muchas cosas, de dos que tienen mucho que ver entre sí y que a mí me han preocupado siempre.

A saber:

De la integración de la Universidad con la provincia y del secular aislamiento de Huelva. Sobre este asunto quiero hacer algunas consideraciones, espero

que no del todo intempestivas, al hilo de lo que en tantas ocasiones he dicho.

Por ejemplo, hace más de treinta años, cuando el primero y más sangrante problema de esta provincia era la emigración.

Una hemorragia de paisanos que no dejaba de sangrar y que en los años sesenta –y sólo con las cifras oficiales, pues las reales no las supimos nunca, fueron 113.980 huelvanos los que tuvieron que irse. En ese triste decenio Huelva sumó más emigrantes que Sevilla, Almería y Málaga juntas (1.324 más)...

Pues entonces, cuando yo escribía de estas cosas (que algunas por fortuna, trabajo y emprendimiento han cambiado por completo), pues entonces –decía-, al hablar del aislamiento provincial, escribí:

«Huelva limita al Oeste con el Guadiana, que la separa de Portugal; al Sur con el mar, que la separa de África, al Este con el Guadalquivir, que la separa de Cádiz; más arriba, con la carretera Huelva-Sevilla, que, como su mismo nombre y el Ministerio del ramo indican, la separa de Sevilla; todavía más arriba, con el ferrocarril Zafra- Huelva, que la separa de Extremadura»...

Y terminaba yo recordando un muy grueso titular del periódico provincial de entonces que reseñaba una visita de un importante ministro del mayúsculo Régimen llamado anterior (hablamos ahora de mediados de los años cincuenta) y escribía:

«Menos mal que tenemos un buen aeropuerto y el que dijere lo contrario, miente; porque un ministro dijo que estaría en perfecto funcionamiento para 1960 o así, etc»...



Ahora estamos en el año 2008... ¿Por dónde cae el aeropuerto?

Esto del aislamiento es como un leitmotiv siempre presente en la música de nuestras quejas. Tanto que bien podría hacerse una nutrida antología con lo mucho escrito sobre ello. Y de eso sólo quiero ahora recordar una cosa, para que así, como al paso, sirva de homenaje y memoria a su autor. La escribió el pintor José Caballero, en una dedicatoria a su esposa Marifer de aquellos bellísimos cuadernos que hizo con dibujos de Huelva – Huelva capital, la ciudad- y en ella decía:

«Así era entonces mi pueblo, perdido en un extremo de la geografía con caminos que terminaban allí».

Porque nuestro aislamiento es un hecho geográfico, que sólo puede superarse haciendo esos caminos de ida y vuelta con más y mejores comunicaciones de todo tipo y clase. Entre las cuales, muy claro está, no pueden faltar las mentales.

Pepe Caballero, en la referida dedicatoria, apuntaba la siguiente conclusión:

«Y para mí nada hay más imaginativo que no llegar a ninguna parte».

Lo cual está muy bien para el mundo artístico y creativo de aquel pintor, que fue ciertamente pródigo en ideas. Pero no es muy conveniente para la vida de una comunidad, la de nuestra provincia huelvana, donde sí que sería bueno el ser imaginativos, más justamente para llegar a muchos sitios y para que de muchos sitios llegaran aquí, y no para llegar a ninguna parte.



Y -no seamos pesimistas, ni cerremos los ojos a la realidad- algo de eso ya está ocurriendo; aunque todos deseemos, como es muy natural, que ocurra cada vez más.

Hemos de partir de un hecho inevitable:

Estamos en el sur del Sur.

Y esta exacta e inmejorable expresión, tan plástica, tan gráfica y tan breve, se la robo al profesor Juan Antonio González Márquez, que la usaba para hablar del libro -tan importante como recopilación del pasado y como punto de partida para empeños futuros- sobre los 150 años del Instituto La Rábida, “El Instituto” por antonomasia de Huelva, por donde tanta gente hemos pasado, entre ellos el krausista Federico de Castro, Juan Ramón Jiménez, Manuel María de Soto Vázquez, Ángela Figuera Aymerich o Enrique Gómez Arboleya, profesor éste con cuyo magisterio en Sociología me enriquecí yo en la Facultad de Políticas; hasta que, un mal día, él tomó la irreversible decisión de quitarse la vida, disparándose un tiro... Por cierto, con la misma pistola con la que su hermano mayor había hecho lo mismo...

(Ambos hermanos Gómez Arboleya, de familia granadina, vivieron en nuestra Huelva capital varios años, mientras el padre fue juez aquí)...

Volvamos al aislamiento.

Tan lejos quedaba Huelva, como sabemos muy bien los que de nuestra provincia fuimos a estudiar a Madrid, con aquellos interminables viajes en tren, que parecían del Transiberiano (que no el lujoso Orient Express) y donde pasábamos frío y calor, pues eso: tan



lejos y aislada del poder central quedaba, que en la jerga de los pretendientes a cargos políticos -en el Régimen llamado anterior- al gobierno civil y jefatura provincial del Movimiento de Huelva se le llamaba *El Tentadero*. ¿Y por qué el tentadero?

No por las tentaciones de la carne (aunque alguna historia de cama y cuernos quedó grabada en su día... y cuando digo “grabada” hablo literalmente: grabada en cinta magnetofónica). Sino por la vía taurina, pero no en el sentido de procaces cornamentas, no. Otra vez hablamos casi literalmente.

¿Qué es un tentadero?

Pues el corral donde se hace la tiente de becerros, nos dicen los diccionarios.

Y eso venía a resultar nuestra Huelva, el lugar donde los jóvenes becerros de aquel Régimen llamado anterior probaban su bravura; o donde los jóvenes aspirantes a novillero, los todavía casi maletillas de la política, venían a soltarse en gobernaciones y potestades, para a su vez ser contemplados por quienes correspondía y ver así si daban la talla para más altas empresas. Eso ocurrió muchas veces en aquellos tiempos del pasado no tan remoto.

Y bueno sería que alguien, con cierta sensibilidad para la historia, el debido afán de imparcialidad y muchas ganas de trabajar se pusiese a ello. O sea: a reconstruir la historia de ese tiempo nuestro, que es muy conveniente estudiar para conocerlo. También hubo quien vino aquí – y seguimos hablando de lo mismo- no con ánimos y edad de hacer méritos para subir en la nomenclatura franquista, sino con el también muy humano deseo de descansar y de disfrutar...

Esos llegaban – llegaron- aquí en recibimiento de la gratitud por los servicios prestados que podían ser –y así fueron- de diverso tipo. En algunos casos, políticos; y en otros, de tipo particular.

Voy a poner un ejemplo de cada uno de ellos. Pero sin dar nombres. Que eso se queda para las Memorias.

Como premio a los servicios políticos, (y muy importantes puesto que se decía que el premiado contribuyó con sus informaciones a que pudiera abortarse la intentona contra Franco de los falangistas disconformes con la Unificación, aquella de la guerra civil que amalgamó o pretendió unir a falangistas y carlistas en la luego llamada FET y de las JONS, cuyas siglas en desglose quieren decir Falange Española Tradicionalista y de las Juntas de Ofensiva Nacional Sindicalista, nada menos... Y repárese, creo yo, en que seguramente no habrá un partido político en el mundo con un nombre tan kilométrico. Ni partido, ni entidad, ni nada. Salvo, acaso, la Gran Compañía de los Carruajes y de los Coches Camas de los Grandes Expresos Europeos, apocopada británicamente como Wagon Lits, me parece)...

Bien... Respiro, tras el largo y ferroviario paréntesis y vuelvo a retomar el kantiano hilo conductor de nuestra historia huelvana...

Hablábamos -hablaba yo- de un no mentado gobernador civil y jefe provincial del Movimiento (cargos que entonces se hipostasiaban) llegado a Huelva como premio a sus servicios políticos. Éstos, según vimos antes, fueron muy importantes. Pero, ¡ay!, el futuro poncio de Huelva no lo era tanto. Nuestro personaje había sido banderillero, profesión arriesgada y sin duda



honorable, mas no era persona de saberes pongamos que aristotélicos. Y así fue que vino aquí, y cada 3 de agosto, en el patio mudéjar del monasterio rabideño, como primera autoridad provincial – como verdadero virrey de hecho – le correspondía abrir con unas palabras en aquel famoso lugar los actos conmemorativos de la salida de Cristóbal Colón con nuestros paisanos marineros camino de lo que luego resultó ser el descubrimiento de América.

Y contaban que el no aristotélico poncio, empezaba así su discurso:

-¡Desde este hermoso patio mondéjar...!

Y luego en el entonces periódico local – el querido Odiel, que es donde supe de la vieja historia- tenían que andar con vueltas y revueltas en la información del acto para que no apareciese la correcta palabra referida a la arquitectura hispano- árabe y tampoco, claro está, la errónea confusión con el pueblo de Guadalajara. Había que salvar la cara del jerarca.

También se contaba de la misma autoridad gubernativa y jerarquía política que en aquellos o en otros festejos colombinos presidía una corrida de toros en la plaza de las Colonias. Aquel año había venido el retirado diestro Juan Belmonte a ver los toros. Y alguien le preguntó, señalando hacia el palco presidencial:

- Don Juan ¿y cómo se llega desde banderillero a gobernador civil?

Y ésta fue la contestación de El Pasma de Triana, que era hombre de mucho talento y pocas palabras:

- Pues ya ve usted: ¡Degenerando!

El otro caso al que me quería referir, y cuyo nombre también callo, es más reciente y lo conozco de primera mano.

El poncio de turno era un honrado comerciante asturiano, creo, que administró por allá arriba los bienes de un importante ministro. El cual, agradecido y en premio a su benéfica gestión, lo hizo nombrar gobernador civil de Huelva.

Y con él había que tener cierto cuidado en los medios de comunicación onubenses, que entonces sólo eran el periódico y la radio... En ésta, en la radio, no podían darse lo que ahora se llaman “cortes” (o sean fragmentos orales recogidos en cinta magnetofónica) de José María de Soto Morón, un estupendo orador de Paymogo (primo por cierto de José María Vaz de Soto) y con importante cargo provincial en los sindicatos verticales, para no dejar mal en la comparación a las intervenciones oratorias del gobernador, que a pesar de no ser un Castelar era muy dado a recrearse morosamente en la suerte, a escucharse y a la retórica pomposa y circunstanciada.

En el periódico, el cuidado era de orden icónico. Como el aludido poncio tenía una nariz un tanto ganchuda, no se podían dar fotos suyas de perfil porque de esa manera se notaba mucho el garfio nasal, y había que sacarlo de frente para disimular; o retocar las fotos.

Dirán ustedes: esto es como la nariz de Cleopatra, pero menos.

Pues sí, lo es.

Pero tiene una significación categórica que trasciende la anécdota.



Porque tanto en un caso como en el otro, tanto en la arquitectura del patio mudéjar como en la rinoplastia fotogénica y periodística, estábamos ante el desequilibrio de poderes característico de las situaciones centralistas, y del que aquellos dos chuscos y verdaderos casos son ejemplos claros.

En la Huelva de entonces había poca sociedad civil; y un gobernador no tenía aquí contrapoder de ningún tipo. Los medios de comunicación eran oficiales y sometidos todavía a la Ley de Prensa de la guerra civil. Ni tan siquiera -en el primer caso- había obispo, y no es que la Iglesia de la época fuese un dechado de progresismo; ni Universidad, como tenemos por fortuna hoy...

En fin, que un gobernador civil era todo un virrey, como aquellos de la América postcolombina herederos de los antiguos adelantados de Indias. Y en Huelva, por esa ausencia de contrapoderes posibles, más que en cualquier otro lugar. Pongamos por caso de vecindad andaluza a Sevilla, por ejemplo, donde por lo menos había algo -en ocasiones, todavía más a la derecha, como en el expeditivo caso del famoso cardenal Segura- que podía hacer un como amago de plantar cara o, si acaso, no mostrarla tan risueña y servil.

En ese sentido lo único que en un tiempo muy anterior hubo en nuestra Huelva fue la Río Tinto Company, desde que el 17 de febrero de 1873 se vendieran las famosas minas por un dinero que hoy vendría a ser poco más o menos lo que cuesta un piso. Porque aquella compañía era mucha compañía y su director llegó a ser llamado el Rey de Huelva y sus trenes sólo paraban los domingos o en el cumpleaños de la reina Victoria: «*Trains do not run on Sundays or on Queen*

Victoria's birthday». Por cierto que del llamado *Año de los Tiros* fui yo pionero en su relato hace ya casi cuarenta años. Pero esa es otra historia, dicho sea con frase creo que de Kipling, el gran relator de aquel victoriano imperio.

La historia nuestra ¡y tan nuestra! es la provincial, que por tantos años vino a ser como un apéndice minúsculo de aquel gigantesco imperio.

Digo que es la provincial porque la provincia es nuestro ámbito propio.

Primero, desde el 30 de noviembre de 1833 con la división en 49 provincias del motrileño Javier de Burgos, como mera circunscripción administrativa. Pero, después y con el poso y peso de los muchos años (un siglo y tres cuartos), algo más.

Es curioso que en España -según apuntaba la geógrafa Josefina Gómez Mendoza- la provincia goza “de tan buena salud como tiene mala fama”.

Y esto es muy verdad.

Aquí tenemos el artículo 141 de la Constitución de 1978 -la vigente, mientras no se haga otra- que reconoce su personalidad jurídica; y varios artículos más donde ellas campean. Y eso a pesar de que Ortega dijera aquello de la ridiculez que cuadrículaba España. Pero también dijo, en «La redención de las provincias», que España era «pura provincia».

Mas, por desgracia, esas provincias nunca llegaron a ser como las pensaron los bonapartistas del buen rey José I, los doceañistas de la querida “Pepa” y los buenos liberales del importante Trienio...



Y así vino a resultar que el presidente de la Diputación no fue -no pudo ser- un contrapoder popular del jefe político, el que luego fuera gobernador civil. Y la dialéctica poder central – periferia provincia no tuvo la tensión necesaria. Y lo que podría haber sido una progresista centralización, tan conveniente en el siglo XIX, vino a parar en un centralismo especular, donde el caciquismo fue el instrumento sustitutivo y usurpador de la voluntad popular.

El caso es que las Cortes de Cádiz de 1812 ya vieron las posibles provincias como equilibradoras del poder central, situación que nunca llegó a darse. En algunos casos por las sustituciones dichas, que fueron más remedo que remedio, aunque a la fuerza ahorcan.

Y más tarde ya se vivió la servidumbre unidireccional hasta unos extremos tan absolutos como un caso que yo viví en muy primera persona, y que ahora resumo, pues un ejemplo vale más que mil palabras.

Yo soy -como casi todos saben- de Castillejos. Es decir, Villanueva de los Castillejos; pero yo me remito siempre al nombre antiguo y quito lo de Villanueva, que es un esnobismo de los tiempos del rey Felipe IV. Y allí mi amigo Matías tenía un coche de SP, de esos de Servicio Público, grandones y que parecían del Chicago años 30. Resultó que pudo cambiarlo por uno menos viejo y que tenía una plaza más...

Pero, amigo, ni en Huelva ni en Sevilla le podían dar la autorización a mi amigo Matías para pasar a una plaza más. Que pudiera llevar en aquel taxi seis viajeros en vez de cinco, no era cosa de Huelva ni de Sevilla, sino de Madrid, entendiendo Madrid como sinécdoque de gobierno central...

Vamos, que resumo: vino a verme a Madrid, fuimos al Ministerio de Obras Públicas (hablamos de la época de Franco) y creo que fue el novelista Juan García Hortelano, que era funcionario allí, quien me facilitó el contacto, el caso es que logré ver al director general de Transportes Terrestres, autoridad suprema en aquel capital asunto -nunca mejor dicho, pues estábamos en la capital de la nación- de autorizar una plaza más en un taxi de Villanueva de los Castillejos, provincia de Huelva. Porque en España (entonces y acaso también ahora, no se plantea uno la pregunta «¿qué ley se aplica?» sino otra muy personal y personalizada: «¿A quién hay que ver?»

Y resultó ser que el hombre al que fuimos a ver era un hombre muy sensato -pues no todos los franquistas eran ogros- que de inmediato se percató del asunto y lo resolvió en el acto. (Ahorro algunos pormenores chuscos, como que la secretaria que tenía que mecanografiar el permiso había salido a desayunar. Tardó más de hora y media, y me tocó a mí -cosa que hice encantado- escribirlo a máquina, y poder salir de allí con el tonto problema resuelto).

* * *

32

Más chusco aún venía a ser que esos dos poderes dialécticos del centro y de la provincia, aquella que los constitucionales doceañistas buscaban equilibrar con gobernación y diputación, quedó resumida de forma no diría yo que precisamente hegeliana, en la misma persona.

Doy fe de que escuché en cierta ocasión decir al antes aludido poncio de la nariz importante lo siguiente:



- Porque yo, como Gobernador Civil, soy el representante del Gobierno en Huelva; pero, como Jefe Provincial del Movimiento, soy el representante de Huelva ante el Gobierno.

Así, como lo oyen ahora, lo escuché yo allá por el año 1963. Y, recientes como estaban todavía las clases de Historia de la Ideas con el maestro Díez del Corral, pensé que era una pena que el gran Altusio (Johannes Althaus o Althusius) se hubiera muerto en 1638.

Sí. Una pena.

Porque si estuviera vivo, y hubiera oído a nuestro prócónsul, se hubiera evitado escribir todo aquel libro de la *Política methodice digesta* con el problema capital de la *symbiosis*, el muy difícil arte de vivir en común, base de toda ordenación política para la vida social... Claro, que el bueno de Altusio, que pienso yo que tenía su sorna solapada entre las escamas de un calvinismo austero, también tenía en cuenta siempre la presencia en nuestras vidas de una cierta debilidad, que él llamaba *imbecillitas*.

Esa falta de tensión en la dialéctica provincia – poder central, que ahora en buena parte se ha trasladado a la relación con el poder autonómico, no impidió sino que acaso favoreció o marcó bastante una provincialización de hecho en la vida política, que se mantiene en las horas electorales, aunque hoy sea el autonómico el factor predominante.

Con lo cual hay que plantearse ahora nuevas dialécticas, establecer unas maneras de relación con los crecientes poderes autonómicos. Hoy queda mucho por hacer. Entre otras cosas, nada menos que la reforma del Senado para que pueda ser al fin una cá-

mara territorial y no como suele ser la cámara de los ecos, según la llamé yo en una ya vieja crónica parlamentaria del semanario *Triunfo* hace treinta años. De mi muy querida revista *Triunfo*, a la que tantos afanes de mi vida dediqué.

Pero esa reforma no me corresponde a mí, claro está.

Y sí señalar que esa provincialización de la vida española tuvo en Huelva una manifestación incompleta. Me explico.

La provincia huelvana era una unidad, un todo, en sus relaciones con el poder central. Digamos que poder central y centralista. Porque en España se fracasó en la centralización y el intento fallido degeneró en centralismo, que es como una aberración enfermiza de lo primero.

Mas dentro de ella, nunca hubo ese sentimiento de unidad, debilitada o casi impedida por tendencias centrífugas. El fenómeno que José Antonio Gómez Marín llamó con justo tino *capitalización de la provincia* fue tardío, y todavía no está del todo fraguado. Si es que las cosas en la vida social lo llegan a estar del todo alguna vez, pues más bien están siempre en un “in fieri”, es decir, haciéndose...

Lo que pasa es que se puede estar en ello más o menos avanzado, y aquí se estuvo menos.

Acaso, y dicho muy esquemáticamente, a la gomezmariniana capitalización han contribuido diversos factores: la mayor facilidad de comunicaciones entre pueblos y capital, tanto por las carreteras como por el espectacular incremento del parque automovilístico (yo



he vivido tiempos en que en los pueblos, los coches particulares se podían contar con los dedos de una mano. Y sobraban dedos); la emigración de los pueblos a la capital por la creación en ella de puestos de trabajo... En fin, y más cosas.

Que dejo para que alguien las investigue...

Y, como no debo alargarme más, querría que una de ellas (y cada vez más importante) fuera esta Universidad que hoy tanto me honra.

Y que lo fuera hacia dentro, como factor de cohesión; y hacia fuera, como impulsora de una personalidad provincial importante, como levadura y como fermento.

Ya sé que se han hecho bastantes cosas, pero siempre, en el "in fieri" de nuestra vida, queda mucho por hacer.

Y por eso termino ahora mismo.

Porque no quiero robar más tiempo a los que tienen que ponerse a ello.

En lo que pueda ayudar, aquí estoy.

Muchas gracias.

Se acabó de imprimir este libro el día 24 de junio
de 2008, festividad de San Juan Bautista, en los
Talleres de Imprenta Beltrán y estando
al cuidado de la edición el
Servicio de Publicaciones
de la Universidad
de Huelva.



